

hayan seguido de cerca la argumentación de *In(ter)vencciones del yo* que el autor constantemente incorpora a la discusión otros géneros autobiográficos como las memorias, el testimonio y los autorretratos para contrastar alternativas a fin de obtener una definición más precisa de la autobiografía. La argumentación correspondiente aparece matizada hasta el punto de alcanzar la especificidad de las variantes mencionadas del género principal, e incluso de otras manifestaciones como el diario íntimo, la correspondencia privada y el testimonio oral. Así, cuando Ramírez Franco indica que “Severo Sarduy aborda la escritura del yo como autorretrato, no como autobiografía”, explica a continuación que, a diferencia de la secuencia de eventos propia de la autobiografía, el autorretrato emplea el discurso discontinuo, el montaje y la yuxtaposición anacrónica (139). De la misma manera, cada vez que el autor precisa que la autobiografía se apoya en la memoria que aspira a dar forma a una vida personal en tanto que entidad acabada, nos facilita entender que el diario íntimo se basa implícitamente en el olvido y la omisión, de no ser así no exigiría un registro inmediato y minucioso, y que no aspira necesariamente a presentar la vida como una unidad coherente. Por último, basta mencionar que buen número de los trabajos de Ramírez Franco, en especial, pero no exclusivamente, en sus artículos sobre *El pez en el agua*, de Mario Vargas Llosa; *La tentación del fracaso*, de Julio Ramón Ribeyro; *Autobiografía precoz*, de Salvador Elizondo y *Reo de*

nocturnidad, de Alfredo Bryce Echenique, se hallan informados por el mismo aparato teórico que emplea para explicar los textos autobiográficos bajo escrutinio en *In(ter)vencciones del yo*. Esto indica que se trata de manifestaciones de una misma área de especialización, lo que hace de Ramírez Franco una de las principales autoridades, si no la mayor, en el campo de la narrativa autobiográfica de Hispanoamérica.

Raúl Bueno

Dartmouth College

Sergio González Rodríguez. *Los 43 de Iguala. México: verdad y reto de los estudiantes desaparecidos*. México, DF: Anagrama, 2015. 164 pp.

Tal vez nunca sabremos lo que sucedió exactamente la noche del 26 de septiembre del 2014 cuando 43 estudiantes desaparecieron en Guerrero, México. Todos eran estudiantes de la escuela normal de Ayotzinapa. Los estudiantes incautaron unos autobuses para ser llevados a una conmemoración del 2 de octubre de 1968 en la Ciudad de México, cuando policías municipales los detuvieron y fueron entregados a una banda de narcotraficantes que los esfumó de la faz de la tierra. En este libro, Sergio González Rodríguez demuestra su habilidad para proveer contextos de la violencia y abrir el campo de visión hacia mecanismos geopolíticos que desencadenan atrocidades, si bien no son el dedo que jala el gatillo, la lógica de sus entramados políticos tiene su grado de culpabilidad. En libros anteriores había trazado esta carto-

grafía de lo perverso, como en *Hue-
sos en el desierto* (sobre las mujeres
muertas en Ciudad Juárez), *El hom-
bre sin cabeza* y *Campo de guerra*, que
documentan la guerra del narcotrá-
fico con miles de vidas durante el
sexenio de Felipe Calderón, cifras
que fluctúan entre 70,000 muertos
y más de 20,000 desaparecidos, se-
gún datos oficiales.

Es oportuno que el libro cite
un poema de Octavio Paz escrito
como denuncia por los asesinatos
de estudiantes en 1968 por parte de
los militares cuando era Presidente
Díaz Ordaz, razón por la que re-
nuncia a su puesto diplomático en
protesta. El poema dice: “si una
nación entera se avergüenza/ es
león que se agazapa/ para saltar”
(18). Desde 1968 ninguna otra ma-
sacre ha llenado de tanta ignominia
a la sociedad mexicana como la
desaparición de los estudiantes de
la Normal Rural Raúl Isidro Burgos
de Ayotzinapa, entre cuyos egresa-
dos está Lucio Cabañas, antiguo
miembro de las Juventudes del Par-
tido Comunista y que acuñó la frase
“Protestar es un derecho”. Esta
escuela está asentada en uno de los
estados con mayor pobreza en Mé-
xico con cerca de 71% de sus habi-
tantes por debajo de la línea de bie-
nestar. El nombre del estado viene
de uno de los héroes de la Inde-
pendencia mexicana, Vicente Gue-
rrero, quien estuvo a cargo de la
abolición de la esclavitud. En este
estado han proliferado los grupos
armados y organizaciones crimina-
les, como se muestra en las gráficas
y esquemas que ilustran el libro.
Además, nos dice el autor, el 68%
de migrantes que se aventuraron a
Estados Unidos sin papeles entre

1990 y 1993 fueron de Guerrero.
En efecto, “la migración definitiva
de connacionales debería ser un
índice para calificar a las socieda-
des. La nuestra reprobaría” (39)

González Rodríguez asigna res-
ponsabilidades a varias entidades,
desde los responsables de la Nor-
mal a policías federales, militares y
el Estado. Las cifras que provee el
ensayista con respecto a las desapa-
riciones en el mundo son alarman-
tes: 10 millones de personas desa-
parecen cada año, en México una
persona cada dos horas desde el
2012. Nos indica que el término
“daños colaterales” surgió durante
la Guerra de Vietnam para designar
las muertes accidentales. El tér-
mino, además, está ligado con la
Escuela de Negocios de Harvard
relacionado a la optimización de
resultados y eficacia. Para el autor,
las cifras tienen un rostro, una his-
toria, dice: “Cada vez que leo cifras
que traducen muertes y violencia,
me esfuerzo por equilibrar mis sen-
timientos encontrados: ¿cómo dejar
que la vida de personas concretas
termine en un listado de datos, grá-
ficas o cuadros que serán reempla-
zados por otros? La oscuridad de
las cifras, el resplandor de cada víc-
tima” (58).

González Rodríguez también
especula sobre la incidencia de las
estrategias geopolíticas nacionales e
internacionales. Por ejemplo, los
estados de Guerrero y Michoacán
son puntos estratégicos por su sali-
da al Pacífico y sus importantes
puertos, como el de Acapulco, que
recibe cargamentos de drogas y dis-
tribución al menudeo para los turis-
tas. González Rodríguez refiere que
en el 2014, tres días antes de la ma-

sacre, el presidente Enrique Peña Nieto recibía el premio al Estadista del año en un evento donde escuchó el discurso de Henry Kissinger abogando por un orden mundial liderado por Estados Unidos, país que promueve la expansión de sus ideales económicos. Otro evento que refleja la crisis de derechos humanos en México fue la ejecución de presuntos criminales en Tlatlaya por parte de la milicia mexicana. Ese mismo año las estadísticas reflejaban que las causas principales de mortalidad entre los jóvenes eran “los accidentes violentos y el suicidio” (80). En oposición a la incidencia de delitos nacionales, el Estado mexicano ha anunciado un declive del crimen, sin embargo, no reporta que los ciudadanos denuncian menos porque el porcentaje de resolución de los delitos es mínimo. A la par de estos asuntos, en el mismo año de la desaparición de estudiantes se da a conocer el caso de la “casa blanca” millonaria de Peña Nieto que fue construida por un contratista beneficiado por el gobierno.

Otro aspecto del libro es el papel que juega Estados Unidos en la venta de armas y su primacía como consumidor de drogas. Se explica, por ejemplo que la siembra de marihuana y amapola fue introducida por la CIA (cuya oficina en México es la más importante en Occidente, una de cuyas oficinas secretas está en Xalatlaco, a 180 kilómetros de Iguala) y que tiene como misión operaciones encubiertas, dice el autor: “En los hechos, Estados Unidos busca la absorción de recursos naturales, energéticos y humanos de México para fortalecer

sus intereses geopolíticos” (91). Una estrategia fracasada fue la llamada “Rápido y Furioso” en acuerdo con el gobierno mexicano. La compra de armamento en 2014 y 2015 a Estados Unidos, nos dice González Rodríguez, fue de más de 3,500 millones de dólares. Otro dato que ofrece el autor es que en Mezcala, Guerrero, se encuentra la mina de oro más importante de América Latina que ofrece 5 mil trabajos para un estado con tres y medio millones de habitantes y es propiedad de una empresa canadiense y que se ubica a una hora de distancia de Chilpancingo, la capital del Estado y a la misma distancia de Iguala.

En la última sección del libro se presenta la versión oficial de la desaparición de los estudiantes ofrecida por el entonces procurador Jesús Murillo Karam que postula que los estudiantes fueron asesinados e incinerados en un basurreo de Cocula con la asistencia del ex presidente municipal. Esta fue presentada como la “verdad histórica” que fue el resultado de una de las investigaciones más exhaustivas vistas en el país. Sin embargo, la versión se ha ido desarticulando poco a poco, recientemente, por ejemplo con la aparición de un video que muestra a un oficial de la Procuraduría General de la República ejerciendo pesquisas claves para fundamentar la “verdad histórica” con un detenido, averiguación que no quedó registrada en el informe oficial. Para Sergio González Rodríguez: “Es innegable la responsabilidad histórica de los dos países en los actos de barbarie en Guerrero contra personas a las que

se quiere convertir en desecho vil u olvido” (115) y este libro pretende rescatar la memoria de los estudiantes desaparecidos, haciéndoles justicia investigando los informes y transcripciones judiciales para tratar de entender qué pasó esa noche en Iguala, Guerrero, porque no hacerlo sería dejar que mueran de nuevo al “cancelarles la memoria” (113).

Martín Camps
University of the Pacific

Peter Elmore. *Los muros invisibles: Lima y la modernidad en la novela del siglo XX*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015. 302 pp. 2a. ed.

Texto importante de la crítica literaria peruana de las últimas décadas, *Los muros invisibles: Lima y la modernidad en la novela del siglo XX* nació de la tesis doctoral de Peter Elmore y se publicó por primera vez en 1993 bajo el auspicio de las editoriales limeñas Mosca Azul y El caballo rojo. En 2015, el sello editorial de Pontificia Universidad Católica del Perú ha tenido a bien darle una segunda vida a un libro que, en su primera aparición, propuso lecturas novedosas de novelas clásicas, y que hoy sigue siendo de interés para los peruanistas: en particular, para aquellos que estudian el vínculo entre la literatura y la ciudad. Ellos reencontrarán en esta edición el texto original de 1993, además de un prólogo nuevo en el que Elmore pone su libro en perspectiva. Como apunta el autor, su objetivo es dilucidar los modos a veces opacos en los que la novela

ha representado y problematizado la experiencia urbana limeña en distintas coyunturas de la historia nacional, desde los estertores de la Patria Nueva de Leguía (años 20 y 30) hasta el final del orden oligárquico (gobierno de Velasco en los años 70). Las novelas analizadas son *La casa de cartón* (1928), *Duque* (1934), *Yavar Fiesta* (1941), *El mundo es ancho y ajeno* (1941), *Los geniecillos dominicales* (1965), *Conversación en La Catedral* (1969) y *Un mundo para Julius* (1970). En ellas, Lima aparece figurada de modos distintos, pero casi siempre como un espacio negativo y distópico, sitio de malestar, marginalización y desarraigo: los “muros invisibles” excluyen y expulsan a todos los habitantes, incluso los más privilegiados.

Empezando con la demolición de las murallas de la vieja capital colonial (1870), la introducción del volumen pasa revista a los principales procesos modernizadores del Perú, dejando en claro que pese a los tradicionales discursos sobre el “atraso” o el inmovilismo de la sociedad peruana, se trata de una sociedad que desde fines del XIX puede calificarse de moderna —es decir, dinámica, líquida, fáustica—, bien que periférica, injusta y desigual. Este motivo crítico, que Elmore obtiene de *All That Is Solid Melts Into Air: The Experience of Modernity* de Marshall Berman, recorre los tres capítulos del libro, cada uno dedicado a un momento crucial del siglo XX y su impacto en la ciudad. Sin embargo, Elmore no explora las transformaciones objetivas de Lima, sino los desplazamientos al interior del imaginario de la urbe, que se resumen en tres grandes temas